

¡Quin benestar se sent al arribar!
 No se, no se perque sols al entrari
 lo cor sento endolcir;
 y penso extasiat lo molt sens treva
 que hi podriam gosar videta meva...
 ¡si hi volguessis venir!

Alli 'l cel sempre es blau mati y vesprada.
 Lo vent, ab sos bufechs, de la boyrada
 no 'n deixá res al vol;
 y per entre las blancas dels vells roures
 —que comensan de bon mati ja á moures—
 penetra un raig de sol.

Al abrich d' aquest raig, tendres floretas,
 comensan allavoras satisfetas
 los seus capolls obrir
 y ¡' foll papallonet ab l' ála extesa,
 veurias que ab deliri las flors besa...
 ¡si hi volguessis venir!

Entre mitg del brancall y las verdissas
 se senten á tot hora xerradissas,
 xerradissas d' aucells;
 que cantan plens d' amor dalt la brancada
 perque pobrets, tancats en sa niuhada
 n' hi tenen de novells!

En tant 'l suau oreig entre las canyas,
 va murmurant joyós cansons estranyas,
 fentlas arreu cruixir;
 y de las verdas plantas que floreixen
 sentirias la olor que despedeixen...
 si hi volguessis venir!

Atretas pels perfums d' eixas flors bellas
 venen alli corrent aixams d' abellas
 à xuclarne la meñ!
 ¡Ah! ¡que be s' está allí! que be s' hi gosal
 Sembla talment talment nineta hermosa
 un bossinet de cell!

Mon cor sempre que hi soch gojós delira.
 Alli sempre, á tot hora, tot respira,
 tot, amor á desdir...
 Tan sols tan sols veurias al' entrari
 un reonet que resta solitari...
 ¡si hi volguessis venir!

Pro aquest recó, no se, sempre que 'l miro
 sensé donarmen compte ab goig sospiro
 y se m' alegra 'l cor...
 Y es que penso que aquest videta mia,
 ¡si hi volguessis venir!... aquest seria
 ¡nostre niuet d' amor!

J. C. MONTANÉ.

Artículo de verano

—Pepe, estamos á quince de Julio y todavia
 no has dicho esta boca es mía.

—Es que no me duelen las muelas.

—Bobalicon! Si no me refiero á tus muelas.
 Lo que te digo es que á últimos de esta sema-
 na hemos de ir á tomar las aguas.

Y á propósito: los Llanes me han hecho sa-
 ber que van á Cauterets, que es un sitio her-
 mosísimo, en donde acude la brena sociedad,
 y las diversiones menudean.

—Observo que este año no aprietan los ca-
 lores: el piso que tenemos es espacioso; esta-
 mos buenos ¿á que sufrir las molestias de un
 viaje, y los dispendios que sen causa de tales
 caprichos?

—Eres muy vulgar Pepe. No se trata de si
 hace calor. Las exigencias sociales deben res-
 petarse. La moda obliga á veranear, y seria de
 mal tono infringuir lo que todo el mundo ha-
 ce.

—Está bien. Iremos á San...

—¿Sebastian?

—No, mujer, á San Baudilio de Llobregat.

—Ah! Escucha, querido esposo, dame quin-
 ientas pesetas, porque esta tarde quiero com-
 prar algunas fruslerias; y tu necesitas un ves-
 tido de turista.

—Yo? Turulato me tienes.

—Y vamos á otra. Estoy preocupada de los
 nervios de Enriqueta: el médico se vé impoten-
 te para combatirlos; sin embargo me ha acon-
 sejado que el remedio más eficaz seria que
 montase en bicicleta.

—¡Mi hija montar en bicicleta!

—Es un *sport* que se hace necesario. En el
 extranjero es el único sistema de locomoción.

—Bien. Ya me avistaré con el Doctor.

—Voy á terminar.

—¿Aun más!

—¡Pero si tu no eres capaz de pensar en na-
 da! ¡Si no fuere yo! Candidito ha terminado los
 estudios de Bachiller; he meditado la carrera
 que le ha de ser más conveniente, y por fin he
 dado con ella.

—¿Cual?